

## El curioso caso de la rana en la biblioteca

Imaginemos la escena. Un biólogo alto y barbudo entra con gran porte a la sala de referencia de una biblioteca. Sobre una mesa, coloca con cuidado un pesado microscopio y una bandeja con una rana muerta. Inmediatamente, trae del estante un libro grueso que se dedica a consultar mientras examina la rana, para asombro de los demás lectores y escándalo de la bibliotecaria, quien sin embargo es la causante de su comportamiento.

¿La explicación? Inesperadamente sencilla. Los bibliotecarios aprenden en sus cursos que los "catálogos" se guardan en la sección de referencia y no pueden salir de la biblioteca en préstamo. Hipotéticamente, bastaría que un investigador les explique que en biología se llama "catálogos" a algunas obras taxonómicas destinadas al laboratorio, para que se resolviera el problema. Simplemente se debe clasificar la obra en otra parte de manera que el científico pueda llevarla al laboratorio, donde cuenta con el equipo necesario para el trabajo taxonómico.

La realidad es otra, sin embargo, como me explicó el distinguido colega que enfrentó este problema y finalmente, convencido de que no había esperanza con esa biblioteca (que por cortesía no identificaré), debió importar personalmente un ejemplar del catálogo.

Allí mismo me ocurrió —hace ya varios años— un incidente que no deja de tener su lado humorístico. Todo comenzó hace casi cinco siglos, cuando don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés se sentaba en las soleadas tardes caribeñas a escribir su Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano.

Dividió el monumental escrito en brevísimos capítulos, de los cuales yo tenía una lista con los números de los que necesitaba consultar. Me fui al fichero y descubrí que solo se detallaban los volúmenes en que esa biblioteca particular había empastado la obra: no podía así saber en cuales volúmenes estaban los capítulos necesarios, pues eso dependía de la conveniencia del empastador.

Inocentemente hice la fila de costumbre y pedí al bibliotecario, con toda amabilidad, que me trajera el volumen donde estuvieran los capítulos número tal y tal, pues esa información no estaba en el fichero. Con mucho menos amabilidad me respondió que le anotara el volumen exacto o no podría atenderme. Le expliqué otra vez; que esa información no estaba en su fichero y únicamente podría averiguarse revisando directamente los libros. Más irritado todavía tiró la boleta hacia mi lado y gritó "el que sigue".

Como necesitaba ver el libro, me fui a la ventanilla de información y le expliqué el asunto a la encargada, quien en tono burocrático me explicó que a ella no le correspondía prestar libros y que para eso debía hacer fila en otra ventanilla. Le volví a explicar todo, aclarándole que ya había hecho fila y le pedí hablar con su jefe.

Vino al fin la jefe; separada por un abismo cultural de sus subalternos, comprendió inmediatamente mi problema, y me trajo el ansiado volumen con los capítulos que necesitaba. Eso sí —agregó ella amablemente— la próxima vez debía seguir el orden de la biblioteca y no tratar de evitarme la fila yendo a esa ventanilla. Con una tolerancia que todavía me cuesta creer, le prometí que así lo haría y hasta le di la gracias.